

particulares alrededor, todo ello de mármol. Además una profusión de mármoles, llevados hasta allí á costa de gastos enormes desde puntos distintos del extranjero, de los colores más vivos y semejantes por su brillo á piedras preciosas. Se alojó con los dioses; elevó su palacio cerca del gran templo de Apolo y del de Vesta para asegurarse así la realeza divina y eterna. Desde aquel momento habíase arrojado allí la simiente de los palacios imperiales é iban á crecer, á pulular, cubriendo el Palatino entero.

¡Ah! ¡Aquella omnipotencia de Augusto, aquellos cuarenta y cuatro años de un poder total, absoluto, sobrehumano tal cual no lo conoció jamás, ni aun en la locura de los ensueños ningún tirano, no ha tenido nunca igual! Hízose dar todos los títulos y reunió en su persona todas las magistraturas. Imperator y cónsul, tenía el mando de todos los ejércitos y ejercía el poder ejecutivo; procónsul, tenía la supremacía sobre todas las provincias; censor perpetuo y príncipe, reinaba sobre el senado, y tribuno, era el amo del pueblo. Hizo además que le proclamasen Augusto, sagrado dios entre los hombres, teniendo sus templos, sus sacerdotes, siendo adorado en vida como una divinidad de paso por la tierra. Quiso por último ser gran pontífice, uniendo el poder civil al poder religioso, realizando de ese modo, y con un golpe de genio, la totalidad de la dominación suprema á que se puede aspirar. El gran pontífice no podía vivir en una casa privada y declaró la suya propiedad del Estado. El gran pontífice no se podía alejar del templo de Vesta é instaló en su palacio un templo de esa diosa dejando á las Vestales, al pie del Palatino, la custodia del antiguo altar. Nada se le oponía, porque comprendía perfectamente que la soberanía humana, la mano puesta sobre los hombres y la sociedad, estaba ahí en ese doble poderío en una persona, en ser á la vez rey y sacerdote, emperador y papa. Toda la savia de una raza fuerte, todas las victorias amasadas y todas las fortunas aun esparcidas, florecieron bajo Augusto con un esplendor único, que nunca más debían tener. Fué en realidad de verdad el amo de la tierra, que apoyó el pie sobre la frente de los pueblos conquistados y pacificados, rodeándole una gloria inmortal de arte y de literatura. Parece que en

Augusto quedó satisfecha la antigua y codiciosa ambición de su pueblo, los siglos de paciente conquista que empleó para ser el pueblo rey. Es la sangre romana, la sangre de Augusto, la que al cabo enrojeció al sol convertido en púrpura. Es la sangre de Augusto, divino, triunfante, soberano absoluto de almas y cuerpos, esa sangre de un hombre al que fué á parar la larga herencia de siete siglos de orgullo nacional y del que una posteridad de orgullo universal incomensurable y sin fin descenderá á través de las edades. Porque desde entonces estaba hecho, y era la sangre de Augusto la que debía renacer y latir en las venas de todos los amos de Roma, persiguiéndoles con el sueño eternamente reproducido, de la posesión del mundo. Por un momento se realizó el ensueño. Augusto, emperador y pontífice, poseyó á la humanidad, la tuvo toda entera en su mano sin reserva y como á cosa propia. Y luego, después de la decadencia, cuando el poder se dividió de nuevo y ha sido repartido otra vez entre reyes y sacerdotes, los papas no tuvieron deseo más apasionado que ese ni otra política secular, que la de querer reconquistar el poder civil, la totalidad de la dominación, abrasándoles el corazón la sangre atávica, la bocanada roja y devoradora de la sangre del antepasado.

Después de muerto Augusto, cerrado su palacio, consagrado y convertido en un templo, veía Pedro surgir del suelo el palacio de Tiberio. Era en aquel mismo sitio, bajo sus pies, bajo aquellas frondosas y verdes encinas que le daban sombra á él. Lo soñó grande y sólido, con patios, pórticos, salas, á pesar del humor sombrío del emperador que vivió lejos de Roma, en medio de una muchedumbre de delatores y de gentes estragadas por los vicios, y con el cerebro y el corazón envenenados por el poder, con el que llegó hasta el crimen, hasta los accesos de las más extraordinarias demencias.

Después de éste era el palacio de Calígula el que surgía, como un ensanche del palacio de Tiberio, con grandes arcadas para alargar sobre ellas las construcciones, un puente arrojado sobre el Foro y que iba á parar al Capitolio á donde el príncipe quería ir con facilidad para hablar con Júpiter, del que decía que era hijo, y el trono le volvió á

éste también tan feroz que le convirtió en un loco furioso suelto en su omnipotencia.

Después de Claudio, Nerón, que con más orgullo y desdén, consideró pequeño para él el Palatino exigiendo, necesitando un palacio inmenso, y se apoderó de los deliciosos jardines que llegaban hasta la cumbre del Esquilino para instalar su palacio de Oro, un ensueño de la enormidad dentro de la suntuosidad, ensueño que no pudo realizarse hasta el fin y cuyas ruinas tardaron poco en desaparecer, durante las turbulencias que siguieron á su vida y á su muerte de monstruo cegado por el orgullo. Después en dieciocho meses Galba, Oton y Vitelio cayeron el uno sobre el otro, en el fango y en la sangre, vueltos á su vez por la púrpura en monstruos y en imbéciles, atiborrados de goces en la gamella imperial y semejantes á bestias inmundas.

A éstos suceden los Flavios, con un reposo al principio de la razón y de la bondad humanas; Vespasiano y Tito, que construyeron muy poco en el Palatino y Domiciano con quien empieza otra vez la locura sombría de la omnipotencia, bajo el régimen del miedo y de la delación, de las atrocidades absurdas, crímenes, desórdenes fuera de lo natural, construcciones de una vanidad loca, cuyo fausto competía con el de los templos elevados á los dioses; tal era aquel palacio de Domiciano, separado únicamente por estrecha callejuela del de Tiberio y que se elevaba colosal, como un palacio de apoteosis, con su sala de audiencias con trono de oro, con dieciseis columnas de mármoles fríos y húmedas, ocho nichos adornados con admirables estatuas, con su sala de justicia, un comedor inmenso, su peristilo, sus habitaciones particulares en las que el granito, el pórfido y el alabastro se emplearon sin medida, trabajados por artistas famosos y se prodigaron para deslumbramiento del mundo.

Algunos años más tarde se añadía otro palacio á la enorme masa de todos los demás, el palacio de Septimio Severo, construcción engendradora también por su orgullo, con elevadas arcadas que soportaban altas salas, pisos que se elevaban sobre terrazas, torres que dominaban los techos, un amontonamiento babilónico, construido allí en el ex-

trémulo del monte, enfrente de la vía Appia; para que, decían los compatriotas del emperador, los provincianos idos desde el Africa, en donde él había nacido, pudiesen, desde el horizonte, maravillarse de su fortuna y adorarle en su gloria.

Y entonces veía Pedro todo aquello en pie y resplandeciente de lujo y de riqueza; tenía delante y á su alrededor todos aquellos palacios evocados y resucitados á la luz del sol. Estaban como pegados los unos á los otros y separados apenas por estrechos pasadizos. Con el deseo de no perder ni una pulgada de terreno en aquel monte sagrado, habían crecido en una masa compacta, lo mismo que la eflorescencia de la fuerza, del poderío y del orgullo más desordenados, satisfaciéndose con montones de millones y sangrando al mundo entero para que uno gozase de todo, y, á la verdad, no había hecho allí más que un palacio único, sin cesar agrandado á medida que el emperador difunto pasaba á ser dios y que el nuevo, decretando la divinización de la mansión consagrada, convertida quizás en templo ó en la que quizás le espantaba la sombra de la muerte, experimentaba la imperiosa necesidad de construir un palacio para él, detallar en la eternidad de la piedra el indestructible recuerdo de su reino. Todos experimentaron ese furor de la construcción, que parecía provenir del suelo, del trono que ocupaban y que renacía en cada uno de ellos con creciente intensidad devorándoles con la necesidad de luchar, de exceder con la altura y espesor de los muros á los que les habían precedido, sobrepujándolos con aquellos extraordinarios amontonamientos de mármoles, de columnas y de estatuas. Y el pensamiento de esa supervivencia gloriosa era la misma en todos, dejar á las generaciones asombradas el testimonio de su grandeza, perpetuarse con las maravillas que no debían perecer, pasar para siempre sobre la tierra con todo su peso de colosos cuando ya el viento se hubiese llevado sus ligeras cenizas.

Por esto la meseta del Palatino no fué más que base venerable de un momento prodigioso, una vegetación feroz de edificios superpuestos, apilados, en los que cada nuevo edificio añadido era como un abceso eruptivo de la fiebre

del orgullo, y cuya masa, con el brillo de nieve de los blancos mármoles, con los tonos más vivos de los mármoles de color, acabó por coronar á Roma entera, y hasta á la tierra, con la casa soberana, palacio, templo, basílica ó catedral, lo más insolente, la más extraordinaria que jamás se haya elevado bajo la capa del cielo.

Pero la muerte estaba en ese exceso de fuerza y de gloria. Siete siglos y medio de monarquía y de república hicieron la grandeza de Roma y cinco siglos de imperio iban á comerse hasta el último músculo del pueblo rey. Fué también lo que contribuyó el inmenso territorio, las provincias más lejanas saqueadas poco á poco, agotadas, el fisco devorándolo todo y abriendo la sima de la bancarrota inevitable y el pueblo bastardeado, envilecido, envenenado con el tósigo de los espectáculos y luchas públicas y degenerado hasta llegar á la holgazanería desordenada de los Césares, mientras los mercenarios se batían y cultivaban el suelo. Desde Constantino, tuvo Roma una rival, Bizancio, y el desmembramiento se llevó á cabo con Honorio y doce emperadores bastaron entonces para acabar la obra de descomposición, con la presa moribunda que había que despedazar, hasta llegar al último, á Rómulo Angústulo, el miserable enteco cuyo nombre es como una irrisión de toda aquella gloriosa historia, una doble bofetada dada al fundador de Roma y al fundador del imperio. En el desierto Palatino los palacios y el colosal amontonamiento de murallas, de pisos, de terrazas, de elevados techos, seguía triunfando. Y sin embargo ya habían arrancado adornos y quitado estatuas para llevárselas á Bizancio. El imperio, convertido al Cristianismo cerró los templos, apagó el fuego de Vesta, respetando aún el antiguo *Paladium*, (1) la estatua de oro de la Victoria, símbolo de la Roma eterna que había estado religiosamente guardada en la propia habitación del emperador. Hasta el siglo cuarto conservó su culto; pero al llegar al quinto, los bárbaros lo invaden todo, saquean é incendian á Roma, llevándose á carros llenos los despojos que respetaron las llamas. Mientras que la ciudad dependió de Bizancio, vi-

(1) Templo de Palas.

vió allí un superintendente de los palacios reales cuidando del Palatino; luego todo se anega, todo se hunde en la negra noche de la Edad Media. Parece ser que desde entonces los papas ocuparon lentamente el puesto de los Césares sucediéndoles en sus abandonados palacios de mármol y en su voluntad siempre viva de dominación. Con seguridad habitaron en el palacio de Septimio Severo, y se verificó un concilio en la Septizonium de la misma manera que más tarde á Gelasio II eligieronle en el monasterio de una colina inmediata y en aquel monte de apoteosis. Era aún Augusto, saliendo de su tumba y haciéndose de nuevo dueño del mundo con su Sacro Colegio que iba á renovar el antiguo Senado romano. En el siglo XII la torre de Septizonium pertenecía á los monjes camaldulenses los cuales la cedieron á la poderosa familia de los Frangipani que la fortificaron como lo habían hecho también con el Coliseo, los arcos de Constantino y de Tito, convirtiéndolo todo en una vasta fortaleza que engloba el monte venerable, la cuna, casi por completo. Y las violencias, de las guerras civiles, los estragos de las invasiones pasaron como los huracanes, derribaron las murallas y arrasaron palacios y torres. Más tarde vinieron generaciones que invadieron las ruinas y se establecieron en ellas con el derecho del hallazgo y de la conquista, y construyeron graneros, cuevas, depósitos de forraje ó cuadras para el ganado. En las tierras de acarreo que cubrieron los mosaicos de las salas imperiales, creáronse huertos ó se sembraron vides. Por todas partes crecieron las ortigas obstruyeron aquellos campos desiertos y los matorrales y las hiedras acabaron de destrozar los pórticos caídos. Y llegó un día en que el colosal amontonamiento de palacios y de templos, y la triunfal habitación de los emperadores, que el mármol debía hacer imperecedera, pareció como que se hundía en el polvo del suelo, desaparecía bajo la oleada de tierra y de vegetación que la impasible Naturaleza, hizo rodar sobre ella. Cuando el sol ardiente iluminaba todo aquello entre las flores silvestres, no se veían más que enjambres de grandes moscas zumbadoras, mientras que los rebañíos de cabras vagaban en libertad á través de la sala del trono de Domiciano y del huido santuario de Apolo.

Sintió Pedro un gran estremecimiento ¡ tanta fuerza, tanto orgullo y grandeza! ¡ Y qué ruina tan rápida! ¡ Un mundo barrido para siempre! ¡ Qué aliento nuevo, bárbaro y vengador debió soplar sobre aquella brillante civilización para apagarla así, y en qué noche reparadora, en qué ignorancia de criatura salvaje, debió caer para anonadarse de una vez con su fausto y sus obras maestras! Preguntábase, Pedro, cómo palacios enteros poblados aun por sus admirables esculturas, sus columnas y sus estatuas habían podido irse enterrando poco á poco, desapareciendo sin que á nadie se le ocurriese la idea de acudir en su auxilio para salvarlos. A tales obras maestras, que más tarde debían desenterrarse entre gritos universales de admiración ¿ no fué una catástrofe que se las tragó como si le ahogasen, cogiéndoles primero las piernas, después la cintura, más tarde el cuello hasta que llegó un día en que la cabeza desapareció bajo la olla ascendente? ¿ Y cómo explicar que las generaciones que habían asistido á eso con indiferencia, no tendieron una mano? Dijérase que sobre el mundo se había corrido bruscamente negra cortina y que era otra humanidad la que comenzaba con un nuevo cerebro, que es preciso rellenar y amueblar, Roma se quedó vacía; no se reparó aquello que las llamas ó la espada desmocharon; una incuria extraordinaria dejaba que se hundiesen los edificios demasiado grandes, ya inútiles; esto sin contar con que la nueva religión iba á los alcances á la antigua, se apoderaba de sus templos y derrocaba sus dioses. Sin duda los terraplenes contribuyeron al desastre, porque el suelo iba subiendo siempre; los aluviones del juvenil mundo cristiano, recubrían y nivelaban la antigua sociedad pagana. Al saqueo de los templos siguió el de los techos de bronce y de las columnas de mármol y el tolmo fué más tarde el saqueo de las piedras arrancadas al Coliseo y al Teatro de Marcelo, las estatuas y los bajos relieves hechos pedazos á martillazos para arrojarlos al horno y emplearlos en la fabricación de la cal necesaria á los nuevos monumentos de la Roma católica.

Era cerca de la una cuando Pedro se despertó como de un sueño; el sol caía como una lluvia de oro á través de

las relucientes hojas de las verdes encinas, y Roma había blase aletargado á sus pies bajo aquel gran calor. Decidióse á abandonar el jardín dándose poca mafia para pisar el desigual pavimento del camino de la Victoria y lleno aún el espíritu de cegadoras visiones. Para que el día fuese completo habíase propuesto ir á visitar por la tarde la antigua vía Appia. No quiso volver á la vía Julia y comió en una hostería del arrabal, en una vasta sala medio á oscuras, completamente solo, oyendo zumbar las moscas, y allí pasó en el olvido más de dos horas esperando á que declinase el sol.

¡ Ah! ¡ Aquella vía Appia, antigua reina de las carreteras que atravesaba la campiña con su interminable línea recta, con la doble hilera de sus orgullosas tumbas, no fué para él más que una continuación triunfal del Palatino! Era la misma voluntad del esplendor y de dominación; igual necesidad de eternizar bajo el sol y en el mármol la grandeza romana. El olvido estaba vencido; los muertos no consentían en el descanso, si no que permanecían erguidos para toda una eternidad entre los vivientes, en las dos orillas de ese camino, por el que pasaban las multitudes del mundo entero y las imágenes deificadas de aquellos que ya no eran más que polvo, siguen mirando aún hoy á los que pasan con sus ojos vacíos y las inscripciones, que todavía hablan, dicen bien alto sus nombres y sus títulos. Desde la tumba de Cecilia Metella á la que hay en Casal Rotondo, en esos dos kilómetros de carretera llana y directa, la doble hilera no se interrumpía antaño, siendo como una especie de cementerio á lo largo, en el cual los ricos y los poderosos luchaban en vanidad á quien dejaría el mausoleo más grande, decorado con más prodigalidad y con más lujo; pasión de la supervivencia, deseo pomposo de inmortalidad, necesidad de divinizar la muerte alojándola en los templos de los que la magnificencia del Campo Santo de Génova y del Campo Verano de Roma, no son más que como lejana herencia. ¡ Y qué evocación de tumbas desmesuradas á derecha é izquierda del pavimento glorioso que las legiones romanas hollaron al regresar de la conquista de la tierra! Esa tumba de Cecilia Metella con sus bloques enormes, tenía los muros

lo bastante espesos para que durante la Edad Media la convirtiesen en el torreón almenado de una fortaleza. Después todas las que la siguen; las construcciones modernas llevadas á cabo para poner en su sitio los fragmentos de mármol descubiertos en los alrededores; los antiguos macizos de cemento y de ladrillos, despojados de sus esculturas y que aun permanecen en pie como rocas medio carcomidas; los sillares desnudos, indicando aún ciertas formas, los edículos á manera de templo, las columnas truncadas y los sarcófagos colocados sobre altos zócalos. Una admirable sucesión de altos relieves representaba los retratos de los muertos por series de tres y de cinco, de estatuas en pie en las que revivían los muertos en una apoteosis, de bancos en los nichos para que los transeuntes pudiesen descansar bendiciendo la hospitalidad de los muertos, de laudatarios epitafios celebrando á estos, conocidos y desconocidos, á los hijos de Sixto Pompeyo Justo, los Marcos Servilios Quartos, los Hilarios Fuscus, los Rabirios Hermodoros, sin contar las sepulturas atribuidas al azar á determinados personajes, como sucede con la de Séneca y la de los Horacios y Curiaecos, y, por último, al extremo la más extraordinaria, la más gigante, la que se designa con el nombre de Casal Rotondo, tan grande, que bajo las arcadas que la sustentaban y encima de las que había una doble rotonda, adornada con pilastras corintias grandes candelabros y máscaras escénicas, ha podido establecerse una granja con su bosquecillo de olivos.

Mandó Pedro que le llevase el carruaje hasta la tumba de Cecilia Metella y desde allí continuó el viaje á pie y con mucha lentitud hasta Casal Rotondo. En algunos parajes aparecía el antiguo pavimento con sus grandes losas cuadradas y pedazos de lava cuarteados por el tiempo y que hacían dar fuertes vaivenes hasta á los coches mejor contruidos. A derecha é izquierda hay dos bandas de hierba en donde se alinean las ruinas de las tumbas, pero es una hierba abundante de cementerio, agostada por los soles del verano y entre la que crecen grandes cardos violáceos y elevados hinojos. Un sencillo muro, de no mucha elevación y hecho de tapial sin argamasa, cierra de cada parte esos márgenes rojizos llenos de enjambres de salta-

montes, y al otro lado de esto extiéndese la campiña romana inmensa y árida. Apenas, y cerca de las orillas, y á bastante distancia unos de otros, véase un gran pino parasol, un eucaliptus, olivares, higueras, todo ello blanqueado por el polvo. A la izquierda los restos de Acqua Claudia se destacan con su color de hierro oxidado, recostándose sus arcadas sobre el fondo de los prados; escasos cultivos se extienden á lo lejos y viñedos con granjas pequeñas llegando todo ello hasta los montes de la Sabina y de Alba de un azul violáceo en el que las manchas más claras de Frascati, de Roca di Papa y de Albano, se engrandecen y blanquean á medida que uno se acerca; mientras que á la izquierda, por la parte de mar, la llanura se extiende y se prolonga con vastas ondulaciones sin una casa, sin un árbol, con una grandeza sencilla y extraordinaria formando una línea única, plana en todo, desde un extremo á otro y que la separa del cielo. Durante la fuerza del verano todo abrasa, la ilimitada pradera flamea con los tonos oscuros de la brasa. Desde Septiembre, aquel océano de hierba empieza á reverdecer y se pierde á lo lejos entre el rosa y el amoratado hasta llegar al azul brillante rayado de oro de las hermosas puestas de sol.

Y Pedro, paseando sus meditaciones, iba solo, avanzando con lento paso, á lo largo de la llana carretera, cuya melancólica majestad está formada de soledad y de silencio, árida, recta hasta lo infinito en lo último de la campiña. En su mente empezaba otra vez la resurrección del Palatino, las tumbas de las orillas del camino levantábanse otra vez con la blancura deslumbradora de sus mármoles. ¿No sería allí, al pie de aquel macizo de cemento y de ladrillos, que afectaba la extraña forma de un gran vaso, en donde habían encontrado la cabeza de una estatua colosal mezclada con los restos de esfinges enormes? Y figurábase ver en pie la enorme estatua entre colosales esfinges sentadas. Más lejos, en la celdita de una sepultura, fué una hermosa estatua de mujer la que encontraron, pero sin cabeza, y la veía entera, con un rostro de gracia y de fuerza que sonreía á la vida. De un extremo á otro las inscripciones se completaban, inscripciones que Pedro leía y

comprendía perfectamente, reviviendo como hermano con aquellos muertos de hacía dos mil años. Y el camino se poblaba también, rodando con estrépito los carros, desfilando los ejércitos con paso pesado, el pueblo de la inmediata Roma le codeaba con esa febril agitación de las poblaciones grandes. Estaban bajo los reinados de los Flavios, de los Antoninos, en los años más grandes del imperio, cuando la vía Appia llegó al apogeo de todo el fausto de sus tumbas gigantes, esculpidas y decoradas como templos. ¡Qué carretera monumental de la muerte! ¡Qué legado á Roma por ese recio camino en que los muertos os acogían introduciéndose entre los vivos con la extraordinaria pompa de un orgullo que sobrevivía á sus cenizas! ¡En qué pueblo soberano, dominador del mundo, se iba á entrar así, para que se hubiese confiado á sus muertos al cuidado de decir al extranjero que en él nada acababa, ni aun los muertos eternamente glorificados con desmesurados monumentos? ¡Unos subterráneos dignos de una ciudadela, una torre de veinte metros de diámetro para enterrar á una mujer sola! Y habiéndose vuelto Pedro vió con claridad, al extremo de la soberbia carretera resplandeciente, bordeada con los mármoles de sus fúnebres palacios, el Palatino, que se elevaba á lo lejos con los mármoles no menos brillantes de los palacios de los emperadores, enorme amontonamiento de edificios cuya supremacía dominaba toda la tierra.

Estremeciése de pronto ligeramente; dos carabineros, á los que no había visto en aquella desierta llanura, salieron de repente de entre las ruinas. El sitio no era de los más seguros y la autoridad velaba discretamente por los curiosos hasta en plena tarde. Y mucho más allá tuvo otro encuentro que le emocionó; fué de un eclesiástico, el de un anciano de alta estatura que vestía negra sotana ribeteada de rojo y ceñida con una faja del mismo color, en el cual reconoció con sorpresa al cardenal Boccanera. Este se había salido del camino y paseaba lentamente por la banda de hierba de uno de los costados, pasando por en medio de los altos hinojos y de los ásperos cardos silvestres, y con la cabeza baja cruzaba por entre los restos de las sepulturas que hollaban sus pies y absorto de tal manera

en sus meditaciones que ni siquiera se fijó en el joven presbítero. Este se apartó cortesmente admirándole al verle solo y tan lejos; después comprendió lo que era al descubrir, tras una construcción inmediata, una soberbia carroza tirada por dos caballos negros, al lado de la cual aguardaba inmóvil un lacayo con librea oscura, mientras que el cochero continuaba en su sitio en el pescante. Y entonces recordó que no pudiendo los cardenales andar á pie por Roma tenían que salir en coche al campo si querían hacer algún ejercicio. Pero, que altanera tristeza, que grandeza solitaria y como puesta aparte, la de aquel anciano meditabundo, doblemente príncipe, entre los hombres y en religión, obligado á marcharse así al desierto y á pasear por entre las tumbas para poder respirar un poco el aire fresco de la tarde.

Pedro se había entretenido durante algunas horas; el crepúsculo se echó encima y pudo asistir á una admirable puesta de sol. Hacia la izquierda la campiña tornábase de color de pizarra, confusa, cortada por las amarillentas arcadas de los acueductos, cerrada á lo lejos por los montes Albanos que se evaporaban con rosados matices; mientras que á la derecha, hacia el mar, el astro se bajaba entre nubecillas, entre todo un archipiélago sembrado en un océano de áscuas á medio apagar. Y nada más, nada más que ese cielo de zafiro estriado de rubís, encima de la inmensa línea recia de la plana campiña; nada más, ni un montículo, ni un árbol, ni un rebaño. Nada más que la negra silueta del cardenal Boccanera, de pie entre las tumbas y que se destacaba engrandecido bajo la púrpura postrera del sol.

Al día siguiente muy temprano, dominado Pedro por la fiebre de verlo todo, volvió á la vía Appia para visitar las catacumbas de San Calixto, que es el más vasto y el más notable de los cementerios cristianos y aquel en que fueron enterrados muchos de los primeros papas. Se sube á través de un jardín medio arrasado, cruzando por entre olivos y cipreses; se llega á una casucha de tablas y de yeso, en la que han establecido un pequeño comercio de objetos religiosos, y allí es en donde, por una escalera moderna y relativamente cómoda, se puede bajar. Pedro

se consideró dichoso al encontrar allí trapenses franceses encargados de guardar y de enseñar á los forasteros aquellas catacumbas. Precisamente en aquel momento un hermano iba á bajar acompañando á dos señoras, dos francesas, madre é hija, la una adorable por su juventud y la otra muy hermosa aun. Y ambas sonreían, un poco apuradas, sin embargo, mientras el trapense encendía las largas y delgadas velillas. El hermano tenía una frente abombada, una fuerte y desarrollada mandíbula, propia del creyente testarudo, y sus pálidos ojos claros revelaban cuan grande era la infantil ingenuidad de su alma.

—¡Ah! Llegáis á tiempo, señor abate... Si estas señoras no tienen en ello inconveniente os reuniréis con nosotros, porque abajo hay ya tres hermanos que acompañan á varios forasteros, y tendríais que esperar muchísimo tiempo... Esta es la estación en que más abundan los forasteros.

Las señoras inclinaron cortesmente la cabeza y el hermano entregó á Pedro una de las delgadas velillas. Ni la madre ni la hija debían ser devotas porque dirigieron una mirada oblicua á la sotana de su acompañante y se pusieron serias. Bajaron y llegaron á una especie de corredor muy estrecho.

—Tened cuidado, señoras,—dijo el religioso alumbrando el suelo con su vela,—y no vayáis deprisa porque aquí hay muchos altos y bajos.

Y dió principio á la explicación con una voz aguda y con una fuerza de certitud extraordinaria. Pedro había bajado en silencio, con la garganta oprimida y muy emocionado latándole con fuerza el corazón. ¡Ah! ¡Cuántas veces, en la época inocente en que se hallaba en el Seminario, había soñado con aquellas catacumbas de los primeros cristianos! Y en época posterior, mientras escribía su libro ¡cuántas y cuántas veces no pensó en ellas como en el más antiguo y venerable vestigio de aquella comunidad de los pequeños y de los sencillos á que él predicaba debía volverse! Pero tenía el cerebro lleno con las páginas que han escrito poetas y grandes prosistas acerca de las catacumbas. Las veía á través de ese engrandecimiento de la imaginación y las creía muy vastas, semejantes á

ciudades subterráneas con largas calles, con amplias salas capaces de contener muchedumbres ¡y en qué realidad más pobre y humilde casa!

—Sí, señora, es cierto,—decía el religioso respondiendo á las preguntas de la madre y de la hija,—esto no tiene mucho más de un metro y dos personas no podrían pasar de frente. ¿Y cómo lo han ahondado? Pues de la manera más sencilla. Una familia, ó una corporación fúnebre, abría una sepultura ¿no es esto? Pues bien, con el pico empezaban ahondando una primera galería en este terreno que estaba formada por una toba granular, una tierra rojiza como véis á la vez blanda y resistente, muy fácil de trabajar y absolutamente impermeable, una tierra hecha exprofeso y que conservó maravillosamente los cuerpos.

Interrumpióse para enseñar á la débil luz de su vela los huecos ahondados á derecha é izquierda en las paredes.

—Mirad, esto son los *loculi*... Abrían, como decíamos una galería subterránea, en la cual, á los dos lados, practicaban huecos superpuestos en los que depositaban los cuerpos las más de las veces envueltos en un sencillo sudario, cerrando luego la abertura con una plancha de madera que cubrían con mucho esmero con cemento... Desde luego ¿no es esto así? Todo se explica. Si otras familias se unían á la primera, si la corporación se extendía, iban prolongando la galería á medida que se llenaba y entonces abrían otras á derecha é izquierda, en todos sentidos y llegaban hasta ahondar otro piso debajo de la primera. Mirad; aquí hay una galería que muy bien tiene cuatro metros de alto. Naturalmente se hace uno la pregunta de cómo podían levantar los cuerpos hasta esa altura; pero no los izaban, sino por el contrario los bajaban, pues continuaban ahondando el suelo en cuanto la hilera de nichos de abajo estaba llena... Y de esta manera es como aquí, en menos de cuatro siglos, abrieron más de dieciseis kilómetros de galerías en las que han debido enterrar á más de un millón de cristianos. Y las catacumbas existían á docenas; toda la campiña romana está llena de ellas. Pensad en ello y haced el cálculo.

Escuchaba Pedro sobrecojido. En otros tiempos había